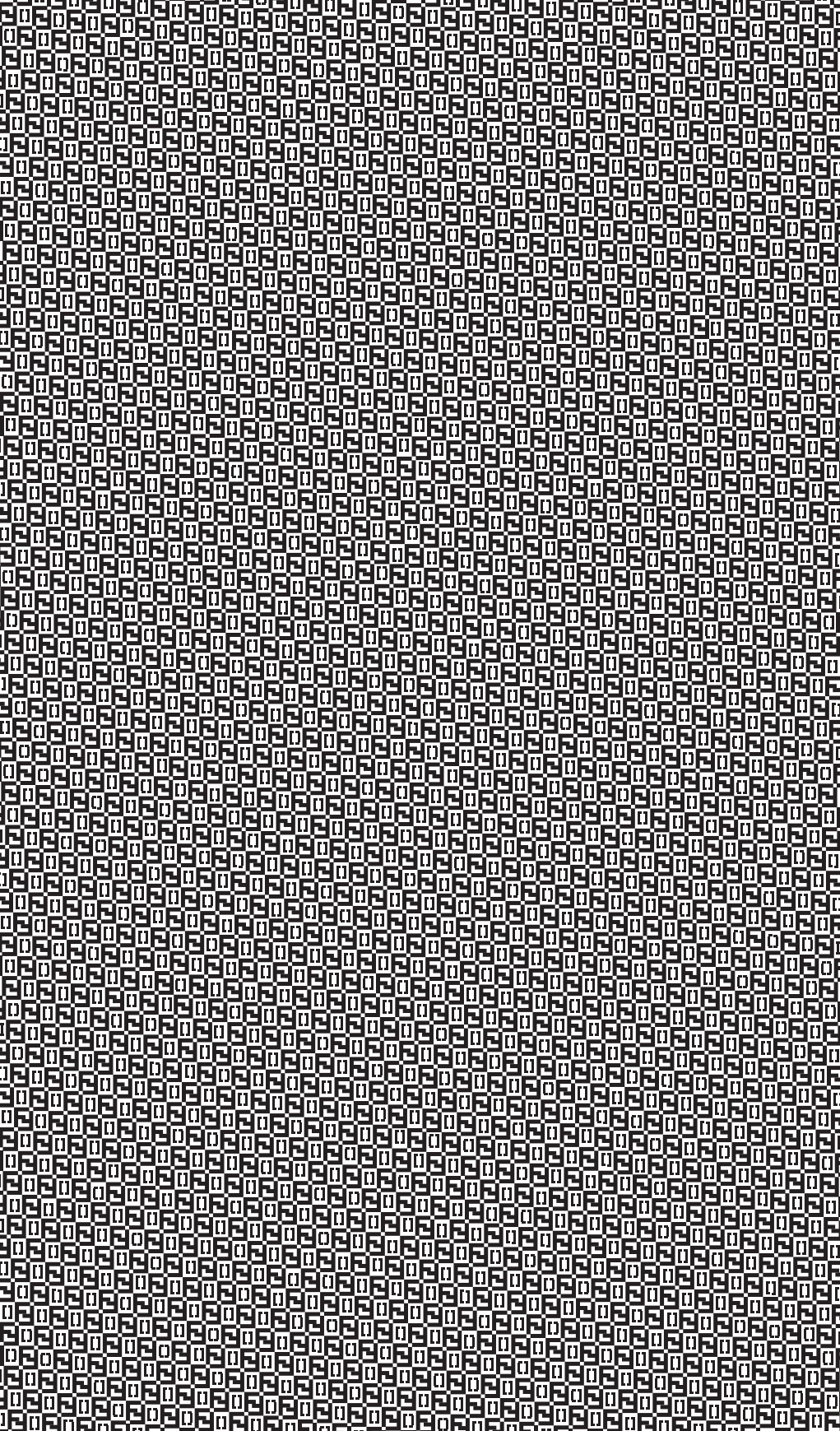




La pregunta de mi madre

Luis Mey

FACTOTUM
EDICIONES



Mey, Luis

La pregunta de mi madre / Luis Mey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2022.

192 p. ; 23 x 14 cm. (Fictio)

ISBN 978-987-4198-36-5

1. Narrativa. 2. Novelas. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Luis Mey, 2022

© Factotum Ediciones, 2022

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2022.

Coordinación editorial: Luciano Páez

Foto de tapa: Shutterstock

Retrato del autor: Guido Indij

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-4198-36-5

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

FACTOTUM
EDICIONES

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



La pregunta de
mi madre
Luis Mey

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

3,75

Lo único lindo de la adolescencia es no ser adulto. No tenés plata, a no ser que te enfermes trabajando. Todo el mundo te quiere cagar a piñas, por una razón o por otra. Por alto, por grandote, por bobo, por tu remera. Los cobardes son los adultos: tienen mucho que perder. Y los que salieron ganando solamente quieren tiempo. Que es lo que ahora mismo me sobra.

Yo plata no tengo ni hay indicios de que me vaya a enfermar trabajando en el corto plazo, así que me acerco a mamá. Ella, técnicamente, tampoco tiene plata: pero se la pasa trabajando. La poca que tiene se le esfuma: le hace pensar si alguna vez la tuvo en la mano. Me dice que la plata vuela. Le digo que ya sé, pero no lo sé. Es la misma pregunta de la escuela: ¿Entendieron, chicos? Y todos decimos que sí. Pero definitivamente no.

Las madres de otros amigos que no tienen problemas de plata dicen que lo que vuelan son los años. Mamá nombra el paso del tiempo cuando dice que el tiempo es dinero. Lo bueno es que tiene una frase divertida hasta para lavarse los dientes. Dice que, de grande, si se te caen los dientes,

más vale que te vayas a cazar al ratón Pérez porque, de lo contrario, salen una fortuna.

Mamá trabaja. *Técnicamente*, de nuevo, tiene dos trabajos. Nosotros y el que hace en el centro.

–Ma... –la llamo.

–¿Qué, Matías?

–Perdoná que te interrumpa...

–No, si me encanta charlar con vos con la mano en el pantano este...

No sé si reírme con lo que dijo, porque tiene gracia pero, al mismo tiempo, no siento que deba. Está quitando –como puede, agachada y estirada– todos los restos de comida superpodridos y amontonados que se fueron cayendo al costado del horno. Anoche apareció una rata. Una grande y, con ella, una especie de ratoncito. La grande supervisaba la caza porque no entraba. La chica vaciaba el sector. Había de todo. Pedazos de hamburguesas, papas fritas a rolete, un bombón Garoto que se me había caído a mí el año pasado y que al día de hoy extraño, porque me quedé ahí, mirándolo, al fondo, entre la pared y el horno, entre la grasa y las moscas.

Ahora mamá está decidida a dejar eso como nuevo y cerrado.

Tiene dos maderas a un costado, preparadas para cerrar ese borde. Una para el frente y otra para cerrar como techito. Se las regaló doña Laura, la señora de al lado, que siempre le regala cosas. A veces le teje algo. Esta vez fueron dos maderas. No sé si doña Laura tiene una cámara por la que nos espía –siempre da en el clavo de lo que necesitamos– o si mamá acepta, sencillamente, que necesitamos cosas y sabe que todo, absolutamente todo, puede ser usado.

–¿Qué querés? ¿Plata? No tengo... Andá a decirle gracias a doña Laura por las maderas...

–¿Ahora?

–Haceme el favor, andá a decirle gracias *ahora*... –dice, agachada, mirando hacia atrás, hacia mí, hacia todo lo que ve y que no va a criticar a menos que insista con ir después. Así que:

–Bueno...

Camino hasta la puerta de entrada, corro con cuidado al gato que duerme contra la puerta, exactamente contra la puerta –se llama Gato– y salgo. El sol es un baldazo de aceite caliente. Hago palmas en la casa de al lado. Es la hora de la siesta. Ya sé la que se viene. Se asoma doña Laura por la ventana, protegida por el mosquitero. Se la ve igual. Tiene un camisón blanco. Es viuda de un gran tipo: don Carlos. Un conversador nato. Creo que muchos lo extrañan en silencio, para que se lo siga escuchando.

–Shhh... Es la hora de la siesta, Matías, ¿qué pasa?

–Hola, doña Laura. Dice mamá que gracias por las maderas.

–Ah, bueno... Está bien... Decile que si necesita tengo unas tramperas que no fallan. ¡Pero no las toquen ustedes, eh! Son peligrosas...

Tengo dieciséis años. Todo es peligroso en mis manos.

FACTOTUM
EDICIONES

4,75

Me quedo quieto bajo el baño de aceite caliente. Acabo de ver un peso tirado en la vereda. Un peso: todo mío. La sensación de encontrarse plata debe ser algo como lo que sienten los religiosos. Ahora puedo convencer a los escépticos de que la plata existe.

Todavía no tengo llave de mi casa. A mamá no le importa. Prefiere levantarse de lo que esté haciendo y fijarse ella por la ventana del costado antes de abrir. Dice que mi generación no entiende la libertad, entre otras cosas. Sabe que soy capaz de perderla en cualquier momento.

La llave, ¿no? Le pregunté. Y me chistó y siguió.

Toco y tarda. Me apoyo en la pared para no ver visiones en la calle, por el calor. Tengo rayos equis para distinguir a los vecinos detrás de los mosquiteros: el de enfrente, don Pepo, parece esperar que se vaya un poco la calor, como dice, para perfeccionar un jardín que ya es imposible de perfeccionar.

Mamá se acerca con sus chancletas.

-¡Correte, Gato!

Parece que el gato se corre porque mamá abre.

-¿Le dijiste gracias?

Le digo que sí y que también tiene unas tramperas para las ratas, si necesita. Y antes de que le diga lo que me dijo sobre que son peligrosas para nosotros, ella lo expulsa. No hay tiempo para exponer. Las ideas se imponen.

–¡Ustedes son capaces de usarlas de plato! Ni loca.

El plan de mamá es encerrar al ratoncito que, dice, anoche se quedó por ahí, atrás del horno, a la espera de que miremos para otro lado. Madera aquí, madera allá, el ratón queda atrapado. Maravilloso. El martillo que va a usar para encajar la madera entre la parecita y el horno es como su brazo entero.

Se lo quito sin que parezca que se lo quito. Digamos que se lo voy quitando mientras me habla de todo lo que salió.

–Pero, escuchame, ¿sos tarado? Había una figurita del álbum ese que armabas del mundial. ¿Hace cuánto que fue eso? ¿Puede ser posible? No puede ser que no cuides tus cosas...

–¿No te acordás qué figurita era? –le pregunto, ya con el martillo en la mano.

–¿Eh? La tiré, qué sé yo.

–Uh... Yo estaba buscando una de ese álbum. La había guardado porque la quería tener para el futuro, no es que la tiré...

–Dejá de hablar pavadas, te pido. Y si la hubieras cuidado la tendrías, como todo...

–Yo...

–Traé ese martillo para acá. Cuidado que tiré lavandina por todos lados. Mirá, ¿ves cómo pongo la madera? No le des de lleno y fuerte porque se parte en dos, por favor. Dale despacio, que vaya entrando. Lo importante es que encaje, no que rompa todo para entrar.

–Sí, ma...

Lo hacemos. La madera encaja. La visión de mamá

fue perfecta. Ahora la cocina parece más ordenada. Bah, todo. Cuando algo está desordenado, se arruina lo de al lado, también. Ahora todo parece potenciado: mejor. Una cosa y la otra. La de al lado, una mesada de madera, se ve interesante, como si nunca la hubiera visto. Mamá se seca la transpiración con el repasador que lleva colgando del pantalón.

–Uf... ¿Es mucho pedir que lo cuides un poco? Yo no voy a estar siempre. No se puede tirar las figuritas, los cubiertos y la comida ahí, donde queda pudriéndose.

¿Cómo que no va a estar siempre?

–No, ma. Tenés razón...

–No te digo que limpies todo el día, pero tampoco te la pases ensuciando...

No sé cómo ensuciar lleva tanto trabajo como limpiar, pero una cosa la hago y la otra no. Tiene razón. Es impresionante cómo trabaja ella en verano. Hay gente en las playas. Lo pasan en la tele todo el tiempo. La noticia es el clima. Parece que es verano y hace calor. Y parece que en invierno hace frío. Todo, según la tele.

Mamá –mientras la tele jura que hay lugares donde hay que estar– mira qué hacer para que las cosas queden mejor. Y a mí se me nota todo. La cara me vende. Siempre me pasó. Terminó su trabajo, por el momento. Y yo estoy ahí parado. Y ella, ahora, también.

–No sabés mentir... –me dice, limpiándose las manos, mirándome fijo.

4,75

Es chiquita y parece débil, pero siempre puede más que todos. Por eso mira como mira. Escribe poesía cuando tiene tiempo, cocina, trabaja, es esposa, lava la ropa, limpia la casa, destapa cañerías, cose, remeda, me compra la ropa, me ayudaba en las tareas desde primer grado, hace las compras de comida y está atenta a todas las preguntas que le haga. Que pueden ser de cualquier cosa. Básicamente, la entenderé algún día, pero mucho tiempo después: eso lo sé desde chico.

FACTOTUM
EDICIONES

4,75

Me hace la seña. Está sentada y me mira y hace la seña. Hay que ir. Cuando mira para abajo y señala con el dedo índice al piso, tenés que estar ahí. Puede ser por miles de cosas. Todas importantes. Ahí cualquiera entiende que hay cosas que nunca se solucionarán: uno puede hacer bien cuatro o cinco. El resto se lo come el carácter o la calvicie.

–Escuchame... ¿Para qué querés la plata?

–Es... para ir de vacaciones...

–¿Solo?

–¿Eh? No... Con Peine...

–Ah... ¿Y de dónde querés que saque? ¿Voy a sacar la plata de los árboles?

–No, ma...

–¿Qué soy yo? ¿Un banco? ¿Peine también va a querer que le dé plata? ¿Eh?

Sacudo la cabeza y la agacho.

–¿Y adónde tenés pensado ir?

–A Mar del Plata. El tío de Peine tiene un departamento. Le quedan algunos días en que no va a haber nadie. Así que se lo prestó.

-¿Y cuánto necesitás?

-¿En total?

-En total. Con impuestos y tasa de interés.

-Ciento veinte, ciento cincuenta pesos... Suspira. Resopla. Suspira. Son famosos en la historia del mundo esos suspiros. En Nueva York, ese viernes negro del veintinueve, por ejemplo. Los irlandeses, cada día, durante la crisis de la papa. El hombre que apretó un botón y al rato vio lo que había hecho en Hiroshima. Las madres de la villa jamás, jamás tiran ese suspiro: nunca se detienen. Mamá tampoco, pero de algún modo, mientras tanto, reflexiona. Y ahí está ese suspiro. El viento del pobre.

-Matías... Mirá...

-Si no podés no importa, ma... En serio...

-Callate... Escuchá...

Escucho. Me señala con el dedo. Aprieta los labios. Me mira. Dios, yo sé que no quiere llorar, pero no puedo evitar ver que se le quiere escapar una ola.

-Más te vale...

-Sí, ma...

-Más te vale que pases las mejores vacaciones de tu vida, ¿escuchaste? Más te vale...

-¿Me vas a dar la plata?

-Ahora ni lo sueñes. Te la doy cuando tengas todo preparado. Mientras estés acá no te pienso dar un peso.

-¡Gracias, vieja! No te preocupes, de verdad. Mientras esté acá tengo casi cinco pesos. Con eso me arreglo...

-Y más te vale que cuando sea vieja y no me acuerde de nada, vos solito te acuerdes de esto y me cambies los pañales. Ahora andá a hacer algo útil, te ruego...

-Sí, ma... gracias, gracias... Ahora voy... Gracias, ma... ¡Gracias! Le voy a avisar a Peine...

-¡Andá a hacer algo útil, te digo!

–Le aviso a Peine y empiezo. ¡Gracias, ma!
Y no le aviso a Peine. La historia, a decir verdad, es más compleja.



FACTOTUM
EDICIONES

4,75

–¡Matías!

Me llama mi madre. Son las cuatro y media. Tiene que salir a trabajar. La esperan en el Centro. Lo sabía, pero me llama. Corro hasta el living. Mi perro me persigue.

–¿Sí, ma?

–Escuchame. Voy al Centro, vuelvo como a las nueve. Tratá de que parezca que hiciste algo, ¿puede ser? Yo sé que son vacaciones, pero igual.

–Voy a bañar a Paul.

Paul es mi perro. Es un homenaje a un personaje de Stephen King, Paul Sheldon. El que escribía novelas románticas hasta que lo agarró Annie Wilkes y le hizo mierda la cabeza pero que igual le dio una lección de oficio para escribir sin mentir.

–Si lo bañás, que no entre. Y si entra igual, que no se tire en el sofá a secarse y dejar las pulgas muertas y los huevos, ¿puede ser? No es tanto.

–No, ma. Está bien.

–Más tarde llamo. Tratá de quedarte un poco en casa. Afuera te vas a insolar. El horno no está para bollos, además.

Con la murga todo el día dale que dale y mucha gente rara.

Y se va. Me quedo solo en casa. Una sensación tan poderosa que la uso como se usa el poder. Mal.



FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?